

Leon Tolstoi (1828-1910)



Liev Nikoláievich Tolstói novelista ruso, profundo pensador social y moral, y uno de los más grandes autores del realismo de todos los tiempos, nació en 1828 en Yásnaia Poliana, la propiedad agrícola que su familia tenía al sur de Moscú. Quedó huérfano a los nueve años, y se crió con unos parientes. Tuvo tutores franceses y alemanes, y en 1843 entró en la Universidad de Kázán, primero en la Facultad de Lenguas Orientales, y más tarde en la Facultad de Derecho. Sin embargo, abandonó la Universidad para volver a la hacienda familiar. Fue entonces cuando intentó mejorar la situación de los campesinos aficionándose a las técnicas agrícolas. En 1847 trató de continuar sus estudios de Derecho en San Petersburgo, pero influido por los escritos del filósofo francés Jean Jacques Rousseau, fue presa de una creciente insatisfacción hacia sus estudios, y los abandonó de forma definitiva en 1848, dedicándose a la vida mundana con una fuerte atracción por la lectura y la música. En 1851, se reunió con su hermano en el Cáucaso, donde su regimiento se encontraba acampado y, debido a graves dificultades económicas, decidió incorporarse también al Ejército ruso. Allí estuvo en contacto con los cosacos, que se convertirían en los protagonistas de una de sus mejores novelas cortas, *Los cosacos* (1863). En el tiempo que le dejaban libre las batallas con las distintas tribus de las colinas, concluyó una obra autobiográfica, *Infancia* (1852), a la que siguieron otras dos, *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1856). Más adelante combatió en Crimea como oficial, donde escribió *La tala del bosque* y *Relatos de Sebastopol*. Regresó a San Petersburgo en 1856, y se sintió atraído por la educación de los campesinos. Durante sus viajes por el extranjero (en 1857 y 1861), visitó escuelas alemanas y francesas y, más tarde, abrió en Yásnaia Poliana una escuela para niños campesinos en la que aplicó sus métodos educativos, que anticipaban la educación progresista moderna. En 1862, se casó con Sonia Andréievna Bers, miembro de una culta familia de Moscú. Durante los siguientes quince años formó una extensa familia (tuvo trece hijos e hijas), administró con éxito sus propiedades y escribió sus dos novelas principales, *Guerra y paz* (1863-1869) y *Ana Karénina* (1873-1877). A partir de entonces sufrió una grave crisis y decidió refugiarse en la fe; escribió obras como *¿Qué es el arte?*, *La fuerza de las tinieblas* o *La muerte de Ivan*

Ilitch.

LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

En las lejanas tierras del norte, hace mucho tiempo, vivió un zar que enfermó gravemente. Reunió a los mejores médicos de todo el imperio, que le aplicaron todos los remedios que conocían y otros nuevos que inventaron sobre la marcha, pero lejos de mejorar, el estado del zar parecía cada vez peor. Le hicieron tomar baños calientes y fríos, ingirió jarabes de eucalipto, menta y plantas exóticas traídas en caravanas de lejanos países.

Le aplicaron ungüentos y bálsamos con los ingredientes más insólitos, pero la salud del zar no mejoraba. Tan desesperado estaba el hombre que prometió la mitad de lo que poseía a quien fuera capaz de curarle.

El anuncio se propagó rápidamente, pues las pertenencias del gobernante eran cuantiosas, y llegaron médicos, magos y curanderos de todas partes del globo para intentar devolver la salud al zar. Sin embargo fue un trovador quien pronunció:

—Yo sé el remedio: la única medicina para vuestros males, Señor. Sólo hay que buscar a un hombre feliz: vestir su camisa es la cura a vuestra enfermedad.

Partieron emisarios del zar hacia todos los confines de la tierra, pero encontrar a un hombre feliz no era tarea fácil: aquel que tenía salud echaba en falta el dinero, quien lo poseía, carecía de amor, y quien lo tenía se quejaba de los hijos.

Mas una tarde, los soldados del zar pasaron junto a una pequeña choza en la que un hombre descansaba sentado junto a la lumbre de la chimenea:

—¡Qué bella es la vida! Con el trabajo realizado, una salud de hierro y afectuosos amigos y familiares ¿qué más podría pedir?

Al enterarse en palacio de que, por fin, habían encontrado un hombre feliz, se extendió la alegría. El hijo mayor del zar ordenó inmediatamente:

—Traed prestamente la camisa de ese hombre. ¡Ofrecedle a cambio lo que pida!

En medio de una gran algarabía, comenzaron los preparativos para celebrar la inminente recuperación del gobernante.

Grande era la impaciencia de la gente por ver volver a los emisarios con la camisa que curaría a su gobernante, mas, cuando por fin llegaron, traían las manos vacías:

—¿Dónde está la camisa del hombre feliz? ¡Es necesario que la vista mi padre!

—Señor -contestaron apenados los mensajeros-, el hombre feliz no tiene camisa.